

arrastró tras de sí a Waller, mientras Essex que no estaba en las mejores relaciones con aquel, le abandonó a su destino para dirigirse a los condados del Oeste.

Utilizando la separación de sus enemigos retrocedió el rey, se hizo fuerte en Oxford con artillería e infantería y en 29 de junio derrotó a las tropas fatigadas de Waller en Cropredy, a orillas del Charwell. Confiado en esta victoria, envió pocos días después un mensaje de paz a Londres, pero en vez de apoyarlo adelantándose hacia la capital se dirigió al Oeste para estorbar los movimientos de Essex.

Entre tanto había operado el conde con bastante éxito, haciendo levantar el bloqueo de plazas fortificadas como la de Lyme, apoderándose de ciudades importantes como Weymouth y asegurando el poder del Parlamento en los condados del Sudoeste. La reina, ignorando la suerte que le estaba reservada si caía prisionera, huyó a Falmouth y allí se embarcó para buscar refugio en Francia y no volvió a ver a su esposo. Este había aumentado el número de sus tropas con los soldados del príncipe Mauricio y los de lord Hopton, dirigiéndose después al encuentro de Essex.

El general parlamentario tuvo la mala idea de internarse en los montes de Cornwall, para apoderarse de aquella ciudadela realista, preparándose así una derrota, pues los habitantes se le levantaron en masa, y se halló sin dinero, sin viveres, y sin esperanza de que se le mandaran refuerzos.

El rey trató de ganarle con brillantes promesas, pero Essex se negó en absoluto y contestó que el Parlamento no le había dado poderes para entrar en negociaciones. Estrechado cada vez más de cerca, se vio reducido a dos puntos de comunicación con la orilla del mar. Entonces dió orden a su caballería de abrirse paso por donde pudiese; la infantería, cercada por los realistas en un desfiladero, se vio obligada a capitular, y él, por su parte, junto con algunos oficiales, se embarcó para Plymouth, donde llegó el 1.º de setiembre, y de allí pasó a Portsmouth. A su llegada a Londres no se le hizo ninguna reconvencción por el mal éxito de sus operaciones, sino que por el contrario se le renovaron los poderes, pero desde aquella fecha concluyó ya su papel militar.

El rey había terminado en pocos meses una brillante campaña y se creía con fuerza suficiente para imponer la paz a Londres. Pero sus asuntos no iban tan bien en todas partes, y todos sus triunfos en el Oeste no pudieron compensar la gran derrota que sufrieron en el Norte sus partidarios. El conde de Newcastle no pudo sostener la campaña en campo abierto una vez que se hubo verificado la reunión de los escoceses con las tropas de los Farfaix, y tuvo que encerrarse dentro de los muros de York. La ciudad más considerable del Norte, la fortaleza más importante del partido realista, se encontró entonces en los mayores apuros, pues además de los escoceses y los dos Farfaix se presentaron el conde de Manchester y su teniente general Cromwell con el ejército de la asociación del Este ante las murallas de la fortaleza, y empezaron a sitiarse en toda regla. Si se perdía la ciudad de York, no solo se perdían los condados del Norte, sino también los del Centro; así fué que el rey ordenó a su sobrino el príncipe Ruperto, que a marchas forzadas acudiera al auxilio del conde de Newcastle. En efecto, Ruperto entró en el condado de York con un ejército de 18,000 hombres. Los sitiadores al tener noticia de su marcha le salieron al encuentro y acamparon en Long Marston-Moor, no lejos de la ciudad; pero el príncipe supo burlarles por medio de una hábil maniobra, y atravesando el Ouse entró en York. Apenas se hubieron saludado el orgulloso y colérico príncipe y el altivo y distinguido conde, ya empezaron a disputar, pues el príncipe, deseando llevar a cabo un hecho heroico; quería atacar al ejército enemigo, apoyándose en las órdenes

del rey, y por su parte Newcastle, satisfecho de la libertad de la ciudad, temía perder esta ventaja aceptando una batalla y daba poca fe a las seguridades del príncipe. Sin embargo, para que no se le acusara de insubordinación, cedió a la voluntad del príncipe, aunque de mala gana y sin ninguna confianza en el resultado.

Sus temores se vieron completamente realizados. La batalla de Long Marston Moor, dada el 2 de julio, concluyó con una espantosa derrota de los realistas (1). Fué una batalla que duró pocas horas, en la que Cromwell se hizo acreedor a todos los elogios. El ala derecha del ejército parlamentario se hallaba en la mayor confusión y el centro, donde estaba la infantería escocesa, había sido roto, cuando Cromwell con sus hombres de hierro y David Leslie con la caballería escocesa los libertaron. Derrotaron primeramente la caballería del príncipe Ruperto, después hicieron gran destrozo en las casacas blancas de Newcastle. Como por ambas partes en otras ocasiones se había fusilado ó ahorcado a los prisioneros, no es de extrañar que en la confusión de la batalla no se diesen cuartel: «Donde atacamos, escribía Cromwell a su cuñado después de la batalla, concluimos con el enemigo. Dios los hizo caer ante nuestras espadas como espigas.»

En medio de la noche regresaron Newcastle y el príncipe a York. El conde cansado del papel que se le había hecho desempeñar, tomó sus disposiciones para embarcarse en Scarborough en dirección al continente. Ruperto, incapaz de sostenerse por sí solo, llevó los restos de su ejército a los condados de Lancaster y Chester. A los catorce días capituló York.

Los generales aliados enriquecidos con un gran botín, dominaron en el Norte. Los escoceses se dirigieron contra la ciudad de Newcastle para apoderarse de aquella plaza fuerte; y la parte principal del ejército inglés, bajo el mando de Manchester y Cromwell, fué destinado a perseguir al rey. Pero intuitivamente trató Cromwell de verificar el movimiento con energía y celeridad, pues Manchester, que había reclutado sus tropas en los condados del Este, trató de protegerlos y se contentó con apoderarse de algunas plazas fuertes; así fué que el rey pudo proseguir, sin obstáculo alguno, su marcha triunfal por el Oeste, destruir a Essex y lleno de orgullosas esperanzas dirigirse contra la capital. Para oponerse se organizaron los ejércitos de Essex y Waller, que juntos con las tropas de Manchester dieron la superioridad numérica a las fuerzas del Parlamento.

Habiendo tenido que regresar Essex a Londres, por hallarse enfermo, tomó Manchester el mando superior, y después de varias marchas y contramarchas se presentó ante el rey el 27 de octubre en el antiguo campo de batalla de Newburg. El ejército parlamentario pudo atribuirse en esta ocasión la victoria, pero la persecución fué tan blanda, que el rey, dejando sus cañones y bagages en el castillo de Donnington, pudo retirarse, sin que nadie se lo estorbara, hacia Oxford.

El tiempo se hizo crudo y ambos partidos tomaron sus cuarteles de invierno. El rey, a pesar de que había perdido todo el Norte, no abandonaba sus esperanzas, pero en el campo de sus enemigos se preparaba un cambio que debía destruirlas todas.

CAPITULO TERCERO

PREBITERIANOS E INDEPENDIENTES.—REFORMA DEL EJÉRCITO PARLAMENTARIO

Cuanto más duraba la guerra civil, tanto más visibles se hacían dos corrientes distintas en el partido puritano que

(1) Véase Long Marston-Moor en los Studies, etc. de Sanford p. 580-616.

había tomado las armas contra el rey y que quería apoderarse del gobierno del Estado y modificar el modo de ser de la Iglesia. Aunque unidos para combatir una jerarquía fundada en el episcopado y una monarquía que quería ser omnipotente, tenían cada día mayores luchas entre sí los presbiterianos y los independientes. Al principio estas disidencias se mantuvieron solo en el terreno religioso; pero después se extendieron a la política.

Como era muy natural, había muchos ingleses que solo veían la salvación en la constitución de la Iglesia de un modo análogo al establecido por sus vecinos del Norte. En la Iglesia nacional escocesa se daba al elemento laico una intervención que no se hallaba en la Iglesia anglicana; allí el culto era tan serio é incoloro como se deseaba establecer al otro lado del Tweed. Allí dominaba el dogma calvinista puro, que se había visto amenazado en su monopolio por Laud y sus subordinados, y sus preceptos se dirigían lo mismo a los altos que a los bajos; se declaraba una guerra sin tregua a los católicos, se impedía que se establecieran sectarios, y quedaba a la voluntad del poder civil el determinar si debía hacer uso de sus armas para combatir las herejías que se descubrieran. La alianza con los escoceses, su participación fructuosa en la lucha, extendió de un modo notable las ideas presbiterianas. La Liga y el Covenant se establecieron para introducir una constitución eclesiástica única en los tres reinos. Comisionados ingleses tenían asiento en la «comisión de las dos monarquías», que era la encargada de llevar la dirección de la guerra, y diputados escoceses tomaban parte en las sesiones del sínodo de Westminster.

En esta corporación dominaba el espíritu presbiteriano; sin embargo, cuando se trataba de las relaciones del Estado y de la Iglesia, los defensores del sistema escocés encontraban una enérgica oposición. Si bien el Parlamento había llevado a cabo la reforma de la Iglesia y ésta en lo sucesivo debía quedar aun bajo su influencia, cuando se trató de establecer definitivamente el nuevo edificio de la constitución de la Iglesia, en la mayor parte de los casos se tomó por modelo el presbiterianismo inglés. Se procedió a una revisión de los treinta y nueve artículos de la fe; el servicio divino se arregló en sentido presbiteriano y los principales curatos y beneficios se entregaron con preferencia a los que tenían tales ideas. La constitución de la Iglesia, según su modo de pensar, debía ser igual a la que había defendido John Knox, fundándola en las Sagradas Escrituras.

Pero hacia tiempo ya que se había presentado otro elemento en el grupo de los puritanos, que ya se había manifestado en el Sínodo, y eran los independientes (1). Formaban parte de este partido todos los que si bien procuraron sacu-

(1) La historia del independentismo se halla como es natural en los tratados de historia general y en los de historia de las religiones, así como en los estudios especiales sobre el puritanismo (por ejemplo, la obra bien conocida de Daniel Neal, *The history of the Puritans*, 1732). Además hay una serie de libros dedicados exclusivamente a la crítica del Independentismo y de las sectas religiosas que se fundaron durante el período de la revolución. Una importante compilación de documentos, actas y hojas sueltas ofrecen los *Historical Memorials relating to the Independents or Congregationalists from their rise to the restoration of the monarchy*, by Benjamin Hanbury, 3 vol. Londres 1839-44. Son muy estimables las descripciones de José Fletcher en su *History of the revival and progress of Independency in England*, 4 vol. 1848-62; J. Waddington, *Congregational History* (1567-1700) Londres 1874; y Robert Barclay, *The inner life of religious societies of the Common wealth*, Londres 1877. En Alemania, entre los que han tratado estas luchas con sujeción a las fuentes y descripciones inglesas, nadie lo ha hecho con mejor crítica y más penetración que Herman Weingarten, en su obra *Las revoluciones de la Iglesia en Inglaterra*, Leipzig 1868, en la cual, como en la de Barclay, se presta particular atención a la historia del cuaquero.

dir el yugo de la Iglesia episcopal, no lo habían hecho con intención de sujetarse al yugo de la Iglesia presbiteriana; los separatistas cuyos conventículos no había podido impedir por completo Laud y aquellos procedentes del extranjero que habían podido regresar a su patria al principio de la revolución. Llegaron de la otra parte del canal y del Océano, de Holanda y de Nueva-Inglaterra, laicos y eclesiásticos, acordes todos en no sujetarse al círculo de hierro de una sola Iglesia, y en pedir que cada municipio tuviese el derecho de cumplir sus deberes religiosos con completa independencia de los demás. En el Sínodo defendieron este punto de vista cinco pastores que durante muchos años habían vivido en Holanda. Se opusieron con todas sus fuerzas a la constitución de la Iglesia en sentido escocés y se dirigieron a la opinión pública suplicando que no se les obligara de nuevo al destierro negando la tolerancia.

Los presbiterianos estaban exasperados con tal resistencia. Para ellos era cosa decidida que no existía salvación si todos los miembros de la nación no reconocían el mismo dogma, el mismo rito y la misma constitución de la Iglesia, pues de otro modo decían que se produciría una anarquía general y la herejía se presentaría en todas partes. Ya se habían establecido comunidades de anabaptistas; ya había gente que negaba la existencia de diablos y ángeles; ya había hombres que miraban los preceptos de Moisés y la existencia de Cristo con ojos distintos de los defensores de los principios ortodoxos. ¿No podrían estos tales apoyarse en lo dicho por los cinco pastores independientes? ¿Sería conveniente darles la libertad de propagar semejantes ideas? Los presbiterianos no querían hacer concesión alguna: «Satanás, decía uno de sus oradores, se ha convertido de ángel de las tinieblas en ángel de luz. El Independentismo introducirá de nuevo lo que podría haber alejado, esto es, los pensadores libres y los ateos.»

La lucha iba tomando en fin gran importancia; no se trataba ya de una guerra intestina del partido puritano, sino de la resolución de un gran problema que interesaba a todo el mundo civilizado sin distinción de naciones ni de épocas. Muy buenos pensadores habían roto lanzas en favor de la libertad de pensar, y eminentes estadistas y animosos escritores habían tratado de convencer a sus adversarios de que entre los individuos y Dios no podía haber ningún poder terrestre intermedio, y habían predicado la paz en las discusiones político-religiosas que durante cuatro generaciones habían conmovido la tierra, mientras que los austeros calvinistas se mostraban tan guerreros é intransigentes como los más tercos católicos. Pero pocas veces se había discutido tanto como entonces en Inglaterra hasta qué punto podía permitirse la libertad de manifestar exteriormente sus creencias y adorar a Dios a su manera a los distintos miembros de una nación.

Había dos maneras de dar solución al asunto: una, la de aquellos que deseaban la separación de la Iglesia y del Estado y querían que los diversos miembros de la nación se uniesen libremente entre sí, para formar iglesias comunes; otra, la de aquellos que no queriendo discutir la existencia de una Iglesia del Estado con derechos y bienes propios, pedían para sí y para los demás la tolerancia.

En un principio, eran muy contados los partidarios del primer sistema, y solo se ensayó en un punto de la Nueva Inglaterra, en el municipio de Rhode-Island. Su fundador, Roger Williams, se dirigió a la madre patria para obtener del gobierno el reconocimiento legal de su colonia, y a su regreso a América publicó su notable escrito: «La sangrienta enseñanza de las persecuciones en las cuestiones religiosas,» en el cual exponía con toda claridad sus ideas. Pedía la supresión de la Iglesia nacional, el establecimiento de comunidades

libres, supresión de la contribución para el culto, que los pastores se mantuvieran con el trabajo de sus manos y con los donativos de los creyentes, que los empleos públicos estuvieran al alcance de todo el mundo prescindiendo de su confesión y que á los establecimientos de instrucción se les despojara de su carácter religioso. Tal era el plan de reformas de Williams, proyecto que no podía ser en aquel tiempo mas radical y que fué el único que se planteó por entonces. El que separaba tan completamente los asuntos religiosos del poder civil, no necesitaba para nada la tolerancia, pues suprimía completamente la diferencia entre las iglesias reconocidas y las que solo eran toleradas. En cambio la pedían los que comprendían que no era fácil interrumpir bruscamente el curso de los acontecimientos y cortar de un golpe todos los lazos que unían en Europa la Iglesia y el Estado en aquella época.

Pero los límites que debían ponerse á la tolerancia no los percibían bastante bien los mismos independientes, aunque casi todos estaban conformes en que debía exceptuarse de ella á los católicos y á los que públicamente negaran la existencia de Dios.

Los presbiterianos por su parte rechazaban el principio de la tolerancia, porque lo hallaban en contradicción con la Liga y el Covenant y porque nadie podía prever sus consecuencias, y declararon que la reforma de la Iglesia y la tolerancia eran incompatibles. «Si el diablo pudiera escoger, dijo uno de sus jefes, entre restablecer en el reino la jerarquía eclesiástica con sus ceremonias y su liturgia ó que se admitiese la tolerancia, á buen seguro que escogería lo último.» «No escuchéis, dijo otro en su apasionado discurso al Parlamento, no escuchéis á los que hablan en favor de la tolerancia. Los libros publicados en su defensa merecen ser quemados y los motivos en que la apoyan bajo el manto de la libertad de conciencia pueden servir asimismo en beneficio de los papistas, de los judíos, de los turcos ó de los paganos.» «Preferiría morir, dijo un tercero, á ver planteada tal tolerancia.»

Se publicaron grandes listas de herejías, pidiendo que no fuesen toleradas, y para hacer mas evidente el peligro con que amenazaban, se las acompañaba con pinturas terroríficas y se importunó con toda clase de exhortaciones al Parlamento para que se impusiera silencio á los adversarios ateos de la verdadera Iglesia y se estableciera con todo rigor la censura, que al principio de la revolución había cedido ante la tempestad de la opinión pública excitada. En las primeras filas del presbiterianismo combatía William Prynne, el cual parecía haber olvidado por completo lo que había tenido que sufrir por consecuencia de la misma intolerancia que predicaba.

Sin embargo, los ardientes defensores de la intolerancia, notaban con pena que sus advertencias y amenazas no encontraban eco en la masa del pueblo, pues el presbiterianismo era un producto extraño al país inglés. En las ciudades y en los campos se hallaba demasiado excitado el sentimiento religioso para que se contentasen con las formas secas del presbiterianismo. La pretensión individual de la inspiración procuraba hacerse camino por medios los mas diversos, é innumerables conventículos crecían como hongos en todas partes. Los anabaptistas por sí solos contaban en 1644 con siete comunidades en Londres y cuarenta y siete en provincias, tomando en alguna de ellas la palabra las mujeres, y entre las muchas herejías que aparecieron, una de las mayores para los presbiterianos fué el que se negase la necesidad de los diezmos y beneficios que en su mayoría habían caído en su poder al verificarse el reparto del botín.

No dejó de tener su importancia en esta lucha el que los mejores escritores de la nación se pusieran al lado de los

independientes. John Milton hacia ya algun tiempo que se había hecho sospechoso á los presbiterianos, pues había satirizado el miedo que se mostraba al cisma y á las sectas.

Ya había defendido una teoría sobre el derecho de divorcio cuya audacia había llenado de sorpresa á los ánimos ortodoxos; pero el golpe mas fuerte que dió á los oscurantistas presbiterianos fué cuando se dedicó á proteger la libertad de la prensa contra sus adversarios. En su inmortal escrito «Areopagítica» que dedicó al Parlamento, dió á los adversarios de la censura armas indestructibles y dejó un recuerdo no menos admirable que la gran epopeya fruto de su vejez. En él demostró cuán poco práctica es la institución de la censura y cuán poco alcanza el fin que se propone; y en él se presentó como elocuente abogado de todos los que cultivan el campo literario. «Recordad, Lores y Comunes, así habla al Parlamento, á qué nación pertenecéis, qué nación gobernáis. Dad una mirada á esa poderosa capital, ciudad de refugio, mansion de la libertad, rodeada y abrazada por la protección de Dios. A la verdad no trabajan ya en ella los yunques y martillos para llenar los arsenales de corazas y armas, á fin de proteger el derecho y la verdad, sino que trabajan las cabezas y las plumas para buscar, al resplandor de las lámparas de estudio, nuevas ideas para dar prestigio y veneración á la reforma que se acerca.... Es la libertad, Lores y Comunes, la que vuestra política grandiosa y afortunada nos ha procurado, la libertad que alimenta á todas las almas grandes.»

A los presbiterianos, contra los cuales despues publicó un soneto en que les llamaba una nueva edición de la antigua dominación eclesiástica, les decía entre otras cosas lo siguiente: «Me parece que veo una noble y gran nación que se levanta como un gigante, que se despierta y sacude su invencible cabellera. Me parece que la veo semejante á una águila renovar su juventud y dirigir su firme mirada al sol del mediodía, y entre tanto revolotear por el espacio la multitud de pájaros que prefieren el crepúsculo lleno de angustia y sobresalto anunciando una época de secta y de cisma... No he de ocultarlo á amigos ni á enemigos: si se vuelve otra vez á la inquisición y á la censura, si estamos tan temerosos de nosotros mismos y tan recelosos de los demás que nos causa miedo cualquier libro y nos asusta el ruido de una hoja de papel antes de conocer su contenido; si gente que hace poco apenas se atrevía á abrir la boca se presenta ahora para prohibirnos la lectura de todo lo que no le acomode, entonces pronto estará fuera de duda que para nosotros lo mismo son los obispos que los presbiterianos.»

Un escritor como Milton podía siempre soltar las riendas á su antipatía contra el presbiterianismo; pero mientras este tuviese considerable mayoría en el Sinodo, y mientras el Parlamento no pusiese coto á sus progresos, no podían considerarse como peligrosos tales ataques. Muy distinto era ya el caso si aquellas quejas encontraban eco en el ejército que amenazaba convertirse en una potencia, y á la verdad, entre los soldados y oficiales reinaba el espíritu independiente. Al frente de todos se hallaba el ejército que mandaban Manchester y Cromwell. Allí se huía de disputas teológicas que enconaban los ánimos, pero reinaba el ardiente entusiasmo de unas creencias seguras del triunfo y que no reparaban en las pequeñas divergencias religiosas. Aquellos guerreros acostumbrados á la intemperie, y que antes de empezar la batalla se reunían para respirar el aire libre y cantar los salmos, se presentaban como una milicia sagrada para extender el reino de Dios en la tierra, y llenos de los mismos sentimientos de que en otro tiempo se hallaban poseídas las tropas á cuya cabeza brillaba el estandarte del profeta. El que se mostraba valiente delante del enemigo era

allí bien acogido, perteneciera ó no á los fanáticos. Así era que los presbiterianos se quejaban de que aquellos regimientos fueran el refugio de los sectarios y de los herejes, y se burlaban de las «visiones y revelaciones de aquellos santos.» Se sabía que el conde de Manchester no tenía participación alguna en la tolerancia de aquel escándalo; pero, en cambio, Cromwell lo protegía con todas sus fuerzas, así era que entre sus adversarios se le llamaba el «gran independiente.» Públicamente había dado á conocer muchas veces sus ideas favorables á la tolerancia. Al escocés Crawford, mayor general en el ejército de Manchester, que había castigado á un oficial anabaptista, le dió á conocer su opinión en esta forma: «Guardaos de mostraros violento ó dejáros arrastrar por otros á la violencia contra aquellos á los cuales casi solo les podeis echar en cara que no están acordes con vos en materia de religion. El Estado al escoger sus servidores no tiene para qué fijarse en su confesión, sino solo en que le sirvan bien; con esto basta.»

Sin embargo, Cromwell era no solo un célebre general, sino tambien un miembro influyente del Parlamento. Tenía allí correligionarios, como sus parientes el célebre jurista Oliver St. John y Henry Vane, que ya cuando jóven había luchado en América contra la intolerancia religiosa. Aliado con ellos, aprovechó una corta permanencia en Londres para hacer aprobar por la Cámara de los Comunes una resolución que fué muy desagradable á los presbiterianos. Era la «ordenanza de acomodación» de 13 de setiembre de 1644. En ella se disponía que si las distintas opiniones que se habían manifestado en el Sinodo acerca de la institución de la Iglesia no llegaban á un acuerdo, se buscara con la ayuda de una comisión del Parlamento la manera de que se permitiera á las conciencias escrupulosas que no pudieran someterse en todo á las reglas establecidas, «obrar segun la palabra de Dios en completa libertad.» Así fué que por esta resolución se sentó el principio de la tolerancia que había sido considerada como obra del demonio.

Peró mucho mas importante aun fué el triunfo que alcanzaron poco despues Cromwell y sus amigos.

La oposición de los presbiterianos é independientes, principalmente en lo que se refería al ejército, no se reducía ya á la cuestión de la tolerancia religiosa, sino que empezaba tambien á extenderse al terreno político. El ideal del presbiterianismo hubiera sido llevar á cabo la reforma de la Iglesia, pero con el consentimiento del rey; pues aunque se le combatía, se quería tenerle en cuenta, no deseando llevar la guerra al último extremo, sino obligar á Carlos á que se sujetara á las condiciones que se le habían presentado. Eran de esta opinión los personajes mas importantes, como Essex y Manchester, que desempeñaban los principales mandos del ejército, los cuales, á pesar de los sucesos, todavía se hallaban animados del antiguo sentimiento de lealtad al monarca, y temían que si llevaban demasiado adelante las cosas, sufrirían ellos y su clase las consecuencias. En sus deseos se hallaban apoyados por los escoceses que no querían ayudar al pueblo vecino en una guerra de destrucción de un descendiente de la casa de los Estuardos.

En cambio los independientes del ejército se hallaban poseídos de mucha mayor energía, y para ellos una inteligencia entre el rey y los presbiterianos significaba solo la supresión de la tolerancia. Así es que se quejaban de la manera lenta con que algunos generales hacían la guerra y de lo poco que aprovechaban sus victorias, y recibían muy á mal los repetidos consejos de los escoceses.

En tales circunstancias, la tirantez que existía entre el conde de Manchester y Cromwell se hizo cada día mayor. Al primero se le había oído decir: «Aunque derrotemos al

rey noventa y nueve veces, él y su descendencia serán siempre reyes y nosotros sus súbditos; pero si nos derrotan una sola vez, nosotros seremos ahorcados y nuestros hijos estarán perdidos.» En cambio Cromwell dijo que en el tumulto de la batalla, lo mismo le importaría pegar un pistoletazo al rey que á cualquiera otro.

Por fin, poco despues de la segunda batalla de Newbury se hizo pública la enemistad que existía entre Manchester y Cromwell. Invitado este último por los Comunes á presentar un memorandum sobre los últimos sucesos militares, presentó varias inculpaciones contra su jefe. Le acusó de que siempre se había opuesto á la lucha, no obedeciendo muchas veces las órdenes que se le daban para atacar, y abandonando el fruto de las victorias mas fáciles; en una palabra, que había defendido de la peor manera posible los asuntos del Parlamento. El conde de Manchester por su parte, no se descuidó de responder en la Cámara de los Lores, de la que formaba parte, y su defensa fué mezclada con una acusación de insubordinación contra Cromwell. El mayor Crawford, aquel escocés con quien había tenido ya que luchar Cromwell, devolvióle la acusación de negligencia en las operaciones. Se verificó una información parlamentaria, de cuyo resultado esperaban mucho los enemigos del «favorito de todos los sectarios.» Segun decía en una carta uno de los principales presbiterianos, el partido debía emplear todas sus fuerzas en «separar á Cromwell del ejército, é inutilizar la fuerza de la facción independiente.» En este sentido celebraron una conferencia los comisarios escoceses y los jefes del partido presbiteriano, para ver si podían pedirse cuentas á Cromwell como perturbador de la concordia de ambos pueblos y desarmarlo de este modo. Asimismo se fundaban muchas esperanzas en el resultado de las negociaciones que se habían entablado con el rey, durante la suspensión de hostilidades del invierno (1).

Entre tanto Cromwell daba un nuevo golpe á sus enemigos retirando su queja acerca del conde de Manchester, y manifestando su deseo de mejorar la situación del ejército. La Cámara baja reconoció la necesidad de tales mejoras, y el día 9 de diciembre expuso Cromwell los deseos de su partido. «Ha llegado la época, dijo, de hablar ó de callar para siempre. Es preciso salvar á una nación ensangrentada y casi moribunda, del deplorable estado á que la ha conducido la larga duración de la guerra... ¿Sabéis lo que dicen nuestros enemigos, y aun muchos que al principio se hallaban al lado del Parlamento? Dicen que los miembros de ambas Cámaras han recibido buenos cargos y mandos militares, que ellos son los que empuñan las armas, que por su influencia en el Parlamento y su autoridad en el ejército, se hacen cada día mas poderosos, y no procuran concluir rápidamente la guerra, á fin de que no cese al mismo tiempo su importancia. Lo que yo os digo á la cara, otros lo dicen á vuestra espalda, y aunque no quiero hacer alusión á nadie, pues conozco el valor de esos oficiales, miembros de ambas Cámaras, que ocupan empleos y dignidades, debo deciros que en caso de que no se organice de otro modo el ejército y se lleve la guerra con mayor energía, el pueblo no podrá soportarla por mas tiempo, y os obligará á concluir una paz vergonzosa.»

Este lenguaje era claro, pero mas aun lo fué una proposición que presentó el mismo día un correligionario del orador y era el llamado «bill de abnegación,» por el cual se disponía

(1) The quarrel between the Earl of Manchester and Oliver Cromwell: An episode of the English civil war. Unpublished documents relating thereto collected by the late John Bruce annotated and completed by David Masson (Camden-Society, 1875). Véase asimismo la deposición de los testigos de O. Cromwell en 10 de diciembre de 1644, publicada en The Academy de 26 junio de 1880.